

la hoguera de la pasión con el espíritu dislocado por las novelas que acababa de leer, y con la carne irritada por los crueles insomnios que la tenían en perpetua vigilia desde hacía muchas semanas.

Lorenzo de temperamento menos vivo, aun cuando cedía á sus terrores y á sus deseos, se figuraba haber razonado su resolución.

Para convencerse de que su casamiento era necesario y de que iba, en fin, á ser completamente dichoso, y para disipar los vagos temores que le preocupaban, rehacía todos sus cálculos de otras veces.

Su padre, el aldeano de Jeufosse, estaba empeñado en no morir, y se decía que la herencia podría hacerse esperar mucho tiempo.

Hasta temía que aquella herencia se le escapara y fuese á manos de uno de sus primos, hombre bien templado, que labraba la tierra á gusto del viejo Lorenzo, y entonces quedaría pobre, viviría sin mujer, en un granero, durmiendo mal y comiendo peor todavía.

De otro modo, contaba no trabajar en toda su vida; comenzaba á aburrirle singularmente su escritorio, y la pequeña ocupación que le estaba confiada resultaba superior á su pereza.

La conclusión de sus reflexiones era siempre que la suprema felicidad consiste en no hacer nada.

Acordábase entonces de que había ahogado á Camilo para casarse con Teresa y no hacer nada en lo sucesivo.

Es verdad que el deseo de poseer él solo á la que amaba había contribuído mucho al pensamiento de su crimen; pero quizás había sido más bien impelido al asesinato por la esperanza de ponerse en lugar de Camilo, de hacerse cuidar como él, de gozar una beatitud continua.

Si sólo le hubiese impulsado la pasión no habría mostrado tanto temor y tanta prudencia: la verdad es que había tratado de asegurar por un asesinato la calma y la ociosidad de su vida y la satisfacción durable de sus apetitos.

Todos estos pensamientos declarados ó incons-

cientes, acudían á su imaginación, y él se repetía para animarse, que ya era tiempo de sacar el esparado provecho, de la muerte de Camilo.

Consideraba las ventajas y las felicidades de su futura existencia: abandonaría su despacho, viviría sumido en una pereza deliciosa, comería y bebería bien, dormiría su embriaguez, tendría siempre á su alcance una mujer apasionada que restablecería el equilibrio de su sangre y de sus nervios; muy pronto heredaría los cuarenta mil francos de la señora Raquín, puesto que la pobre anciana se iba acercando al sepulcro, y en fin, se crearía una vida de bestia dichosa y todo lo olvidaría.

A cada momento, una vez decidido su matrimonio con Teresa, decíase Lorenzo estas cosas.

Buscaba todavía otras ventajas y estaba muy contento de haber hallado un nuevo argumento fundado en su egoísmo, que le aconsejaba la unión con la viuda del ahogado.

Aunque se recreaba con tales esperanzas y pensando en su porvenir de pereza y de voluptuosidad, sentía siempre bruscos estremecimientos que le helaban la piel, y sufría á cada momento una ansiedad que ahogaba el placer en su garganta.

XIX

El trabajo sordo de Teresa y Lorenzo produjo sus naturales resultados.

Ella adoptó una actitud sombría y desesperada, que muy pronto inquietó á la señora Raquín.

La anciana dueña de la mercería quiso averiguar la causa de la tristeza de su sobrina, y entonces la joven desempeñó con gran habilidad su papel de viuda desconsolada: habló de fastidio, de desfallecimiento, de dolores nerviosos, vagamente, sin precisar nada; y cuando su tía la estrechaba con preguntas, contestábala que estaba buena, que ignoraba el motivo de su abatimiento y que lloraba sin saber por qué.

Y en su boca se sucedían los suspiros, las sonrisas

pálidas, los largos silencios, y siempre con la vista fija en el vacío.

Ante aquella joven encorvada sobre sí misma y que parecía morir por días de un mal desconocido, la señora Raquín acabó por alarmarse seriamente; sólo tenía en el mundo á su sobrina, y rogaba á Dios todas las noches que la conservase aquella muchacha para que la cerrara los ojos.

Un poco de egoísmo se mezclaba á este postrer amor de su vejez.

Sentíase herida en los débiles consuelos que le ayudaban aún á vivir, cuando se le ocurrió la idea de que podía perder á Teresa y morir sola en el fondo de la tienda húmeda del pasaje.

Desde entonces no perdió de vista á su sobrina; estudió con terror las tristezas de la joven y preguntábase lo que podía hacer para curarla de su silenciosa desesperación.

En tan graves circunstancias, creyóse en el caso de tomar consejo de su viejo amigo Michaud.

Un jueves por la noche le detuvo en la tienda y le comunicó sus temores.

—¡Pardiez!—le respondió el viejo con la franca brutalidad de sus antiguas funciones.—Yo observo desde hace tiempo que Teresa se descompone, y sé bien por qué está pálida y triste...

—¿Vos sabéis por qué?—dijo la tendera.—¡Decidlo en seguida!... ¡si pudiéramos curarla!...

—¡Oh! el tratamiento es fácil—repuso Michaud riendo.—Vuestra sobrina se disgusta porque tiene que pasar las noches sola, pronto hará dos años... Necesita un marido. Esto se lee en sus ojos.

La brutal franqueza del antiguo comisario impresionó cruelmente á la señora Raquín.

Creía que la herida que manaba continuamente sangre en ella desde el horroroso accidente de Saint-Ouen, estaba igualmente fresca y dolorosa en el corazón de la joven viuda; muerto su hijo, parecía que no podía existir otro marido para su sobrina, y he ahí que Michaud aseguraba, riéndose á boca llena, que Teresa estaba enferma por falta de esposo...

—Casadla cuanto antes—añadió Michaud,—si no queréis verla consumirse enteramente. Tal es mi consejo, querida señora, y es bueno, créame usted.

La señora Raquín no pudo acostumbrarse en seguida á la idea de que su hijo estuviera ya casado.

El viejo Michaud no había pronunciado el nombre de Camilo, y se había chanceado al ocuparse de la supuesta enfermedad de Teresa.

La pobre madre comprendió que sólo ella guardaba en el fondo de su corazón, el vivo recuerdo de su querido hijo.

Lloró y parecióle que Camilo acababa de morir por segunda vez.

Después, cuando hubo llorado mucho y estuvo cansada de lamentarse, pensó á pesar suyo en las palabras de Michaud, y acostumbróse á la idea de comprar un poco de felicidad al precio de un casamiento que, en la delicadeza de su recuerdo, mataba de nuevo á su hijo.

Se sentía cobarde cuando se encontraba sola delante de Teresa, melancólica y agobiada, en medio del silencio glacial de la tienda.

La vieja Raquín no era un espíritu inflexible y seco de aquellos que se complacen viviendo en desesperación eterna.

Había en ella ternuras, afectos y efusiones, todo un temperamento de buena señora, gorda y afable, que le impulsaba á vivir en amante actividad.

Desde que su sobrina no hablaba, y estaba allí pálida y débil, la existencia se hacía intolerable para ella y la tienda le parecía una tumba.

Hubiera querido una afección ardiente á su lado: vida, caricias, algo, en fin, dulce y alegre, que la ayudase á esperar tranquilamente la muerte.

Estos deseos inconscientes le hicieron aceptar el proyecto de volver á casar á Teresa, y hasta olvidó un poco á su hijo, y experimentó en su existencia vacía una especie de despertar del corazón, como nuevos deseos y preocupaciones para su espíritu.

Buscaba un marido para su sobrina, y esto llenaba su imaginación.

La elección de marido era asunto grave: la pobre anciana pensaba en sí misma más que en Teresa; quería casarla de modo que fuesen felices, temía vivamente que el nuevo esposo de la joven viniese á turbar las últimas horas de su vejez.

Aterrábala la idea de introducir un sér extraño en su existencia; ese solo pensamiento la detenía y la impedía hablar abiertamente del matrimonio con su sobrina.

Mientras Teresa representaba su papel con aquella perfecta hipocresía que la enseñó su educación, la comedia del enojo y del abatimiento, Lorenzo fingía su papel de hombre sensible y servicial.

Tributaba á las dos señoras los cuidados más minuciosos, sobre todo á la señora Raquín, á quien colmaba de atenciones delicadas.

Poco á poco fué necesario en la tienda; él solo derramaba alguna alegría en el fondo de aquel obscuro agujero.

Cuando no estaba allí por la noche, la anciana dueña de la mercería miraba á su alrededor, intranquila, como si le faltase alguna cosa teniendo casi miedo de hallarse frente á frente de la desesperación de su sobrina.

Por otra parte si Lorenzo faltaba alguna noche era sólo para asegurar mejor su poder: iba todos los días á la tienda al salir de la oficina, y permanecía en ella hasta que cerraban el pasaje.

Desempeñaba encargos, daba á la señora Raquín (que caminaba con dificultad) cuantos cachivaches necesitaba.

Sentábase luego, y hablaba.

Había adoptado una voz de actor, agradable y penetrante, para recrear los oídos y el corazón de la buena anciana.

Sobre todo, parecía inquietarse mucho por la salud de Teresa, como amigo y como hombre sensible, cuyo espíritu sufre con el ajeno padecimiento.

Repetidas veces hablaba en secreto con la señ

ra Raquín, y la aterraba, fingiéndose él mismo muy alarmado de los cambios y de los estragos que decía observar en el semblante de la joven.

—La perderemos pronto—murmuraba con voz llorosa.—No cabe dudar que está muy delicada... ¡Ah! ¡Ay de nuestra dicha y de nuestras veladas tranquilas y agradables!

La señora Raquín le escuchaba con angustia, y Lorenzo llevaba su audacia hasta hablar de Camilo.

—¡Ya veis—decía á la tendera,—cómo la muerte de mi pobre amigo ha sido un golpe terrible para ella!... Vive muriendo hace dos años, desde el funesto día en que perdió á Camilo. ¡Nada la consolará, nada la curará! Es preciso que nos resignemos...

Estas mentiras impudentes arrancaban lágrimas ardientes á la pobre anciana.

El recuerdo de su hijo la turbaba, la cegaba, y cada vez que se pronunciaba el nombre de Camilo, rompía en sollozos, y hubiera abrazado á la persona que nombraba á su pobre hijo.

Lorenzo había observado la turbación y el enternecimiento que el nombre de Camilo producía en la madre. Podía hacerla llorar á su antojo, sumirla en una emoción que impidiese ver la realidad de las cosas, y abusaba de su poder para tenerla siempre á su disposición, dócil y dolorida.

Diariamente, y á pesar de los estremecimientos ocultos de sus entrañas, empujaba la conversación hacia las raras cualidades, el sensible corazón y el ingenio de Camilo; hacía el panegirico de su víctima con perfecto descaro.

Alguna vez, al tropezar con las miradas de Teresa, fijas, de una manera extraña en las suyas, se trastornaba y concluía por creer él mismo todo lo bueno que decía del ahogado, y entonces callaba, sintiendo repentinamente unos celos atroces, temiendo que la viuda amase todavía al hombre á quien él arrojó al agua, y á quien ahora ensalzaba con la convicción de un alucinado.

Durante toda la conversación, la señora Raquín

se deshacía en llanto, sin ver nada alrededor de ella.

Mientras lloraba pensaba que Lorenzo era un corazón amante y generoso: sólo él se acordaba de su hijo, sólo Lorenzo hablaba de Camilo con voz temblorosa y emocionada.

Luego secaba sus lágrimas, miraba al joven con infinita ternura; sintiendo que le quería, como á su propio hijo.

Un jueves por la noche, Michaud y Grivet estaban ya en el comedor, cuando entró Lorenzo y se acercó á Teresa, preguntándole por su salud con inquietud afectuosa, sentóse un instante á su lado, representando para las personas que estaban allí, el papel de amigo cariñoso y agasajador.

Como los amantes se hallaban uno junto á otro empezaron á cambiar algunas palabras; Michaud, que les miraba, se inclinó y dijo por lo bajo á la anciana tendera, mostrándole á Lorenzo:

—¡Eal! Ahí tenéis el marido que necesita vuestra sobrina. Arreglad pronto ese matrimonio. Nosotros os ayudaremos si es preciso.

Michaud sonreía con aire malicioso: á su entender, Teresa debía tener necesidad de un marido vigoroso.

La señora Raquín fué como herida por un rayo de luz; comprendió de golpe todas las ventajas que sacaría personalmente del casamiento de Teresa con Lorenzo; este casamiento acabaría de estrechar los lazos que ya unían á ella y á su sobrina con el amigo de su hijo, con el hombre de corazón que iba á distraerlas por las noches. Así no introduciría á un extraño en su casa y no correría el peligro de hacerse desgraciada.

Por el contrario, dando un sostén á Teresa rodeaba su propia vejez, con una nueva alegría, y encontraba un segundo hijo en aquel joven, que hacía tres años le daba pruebas de filial afecto.

Además, parecía que Teresa sería menos infiel al recuerdo de Camilo casándose con Lorenzo.

Las religiones del corazón tienen singulares delicadezas.

La señora Raquín, que hubiera llorado al ver á un desconocido besando á la joven viuda, no se rebelaba ante la idea de entregarla á las caricias del antiguo camarada de su hijo.

Pensaba que, como suele decirse, la cosa no salía de la familia.

Durante la velada, mientras sus convidados jugaban al dominó, la anciana tendera contempló á la pareja con una ternura, que hizo adivinar á ambos jóvenes que su comedia obtenía buen éxito y que el desenlace se precipitaba.

Michaud, antes de retirarse, sostuvo una corta conversación en voz baja con la señora Raquín; después tomó con afectación el brazo de Lorenzo y manifestó que iba á acompañarla un poco.

Lorenzo, al alejarse, cambió con Teresa una rápida mirada, con la cual le recomendaba mucho cuidado y presencia de ánimo.

Michaud se había encargado de tantear el terreno, y encontró al joven muy consagrado á aquellas señoras, pero muy sorprendido del proyecto de su casamiento con Teresa.

Lorenzo dijo con voz conmovida que amaba como á una hermana á la viuda de su pobre amigo, y que creería cometer un verdadero sacrilegio casándose con ella.

El antiguo comisario de policía insistió y dió un centenar de poderosas razones para obtener un consentimiento.

Hasta habló de sacrificio y llegó á decir al joven que estaba en el deber de dar un hijo á la señora Raquín y un esposo á Teresa.

Poco á poco Lorenzo se dejó vencer, fingiendo rendirse á la emoción, y aceptando aquel proyecto como un designio del cielo impuesto por el afecto y el deber, conforme le decía el viejo Michaud.

Este, en cuanto obtuvo un sí formal, despidióse de su compañero frotándose las manos: en su concepto, acababa de obtener una gran victoria, y se felicitaba de haber sido el primero en concebir la idea del casamiento que devolvería á las veladas del jueves toda su antigua alegría.

Mientras Michaud hablaba con Lorenzo caminando lentamente por los muelles, la señora Raquín sostenía una conversación muy semejante con Teresa.

Cuando su sobrina, pálida y vacilante, como de costumbre, iba á retirarse, la anciana tendera la detuvo: la interrogó con voz cariñosa rogándole fuese franca y confesara las causas del disgusto que la dominaba.

Pero, como sólo obtenía respuestas vagas, habló de los vacíos de la viudez, llegó poco á poco á precisar la oferta de un nuevo matrimonio, y acabó por preguntar abiertamente á Teresa si sentía el secreto deseo de volver á casarse.

Teresa se escandalizó y dijo que no pensaba en semejante cosa y que permanecería fiel á su Camilo... La señora Raquín se echó á llorar.

La pobre anciana luchó contra sus propios sentimientos y advirtió que la desesperación no puede ser eterna.

Por fin, respondiendo á una exclamación de la joven, que afirmaba no poder reemplazar nunca á Camilo, nombró bruscamente á Lorenzo.

Entonces la anciana se extendió en larga palabrería acerca de la conveniencia y ventajas de semejante unión; vació su alma, repitiendo en alta voz cuanto había pensado durante la velada; pintó con candoroso egoísmo el cuadro de sus últimas venturas entre sus dos queridos hijos.

Teresa escuchaba con la cabeza baja, resignada y dócil, dispuesta á satisfacer sus menores deseos.

—Quiero á Lorenzo como á un hermano—dijo con acento dolorido cuando su lía calló,—más ya que vos lo deseáis trataré de amarle como á un esposo. Yo deseo haceros feliz... Confiaba que me dejaríais llorar en paz; pero enjugaré mis lágrimas, toda vez que se trata de vuestra felicidad.

Abrazó á la anciana señora, que quedó sorprendida y espantada de haber sido la primera en olvidar á su hijo.

Al acostarse, la señora Raquín sollozó amargamente, acusándose de ser menos fuerte que Tere-

sa y de querer por egoísmo un matrimonio que la joven viuda aceptaba por simple abnegación.

A la mañana siguiente Michaud y su anciana amiga entablaron una corta conversación en el pasaje, delante de la puerta de la tienda.

Comunicáronse el resultado de sus gestiones y convinieron en conducir la cosa de prisa y sin vacilaciones, obligando á los jóvenes á comprometerse aquella misma noche.

A las cinco de la tarde Michaud estaba ya en la tienda, y entonces entró Lorenzo.

Apenas éste se hubo sentado, el antiguo comisario de policía le dijo al oído:

—¡Ella acepta!

Esta palabra brutal fué oída por Teresa, quien se puso pálida y fijó imprudentemente los ojos en Lorenzo.

Los dos se miraron durante algunos segundos, consultándose.

Ambos comprendieron que era necesario aceptar la situación sin vacilar, para concluir de una vez.

Lorenzo, levantándose, fué á tomar la mano de la señora Raquín, que se esforzaba por contener las lágrimas.

—Querida madre—la dijo sonriendo,—anoche hablé de vuestra felicidad con el señor Michaud. Vuestros hijos desean haceros dichosa.

La pobre anciana, al oirse llamar «querida madre», dejó correr sus lágrimas.

Tomó vivamente la mano de Teresa y la puso en la de Lorenzo sin acertar á pronunciar palabra.

Los dos amantes se estremecieron al contacto de su piel, y quedáronse con los dedos cerrados y ardientes dándose un apretón nervioso.

Lorenzo exclamó con voz vacilante:

—Teresa, ¿queréis que hagamos á vuestra vida la existencia alegre y apacible?

—Sí—respondió la joven débilmente,—tenemos que cumplir este deber.

Entonces Lorenzo volvióse hacia la señora Raquín y añadió, muy pálido:

—Cuando Camilo cayó al agua me gritó: «¡Salva á mi mujer, yo te la confío!» Creo cumplir sus últimos votos casándome con Teresa.

Esta soltó la mano de Lorenzo al oír tales palabras.

Había recibido como un golpe en el pecho.

La impudencia de su amante la consternó.

Miróle con ojos asombrados, mientras que la señora Raquín balbuceó, ahogada por los sollozos:

—Sí, sí, amigo mío, casaos con ella y hacedla dichosa y mi hijo os lo agradecerá desde el fondo de su tumba.

Lorenzo se sintió desfallecer y se apoyó en el respaldo de una silla.

Michaud, que también estaba conmovido y á punto de llorar, le empujó hacia Teresa, diciendo:

—Besaos: esto serán vuestros esponsales.

Lorenzo fué acometido de una extraña angustia al poner sus labios en las mejillas de la viuda, y ésta se retiró bruscamente, como si la hubiesen quemado los dos besos de su amante.

Eran las primeras caricias que aquel hombre la hacía ante testigos, toda su sangre afluyó á su cara, y sintióse ruborosa y sofocada, siendo así que desconocía el pudor y jamás se había sonrojado en las vergüenzas de sus amores.

Después de aquella crisis, los dos asesinos respiraron.

Su casamiento estaba decidido: tocaban, por fin, la meta que perseguían desde hacía tanto tiempo, y todo quedó arreglado aquella misma noche.

El jueves siguiente se anunció la boda á Grivet, á Olivier y á su mujer; y al darles esta noticia el señor Michaud estaba radiante, se frotaba las manos y repetía:

—Yo he imaginado esto, yo soy quien les ha casado. ¡Ya veréis qué linda pareja!

Susana abrazó á Teresa silenciosamente.

La pobre criatura siempre enfermiza y pánida había concebido una gran amistad por la joven viuda melancólica y retirada.

Sentía por ella un cariño de niña, acompañado de una especie de temeroso respeto.

Olivier cumplimentó á la tía y á la sobrina y Grivet aventuró algunas bromas picantes que obtuvieron mediano éxito.

En suma, la reunión se mostró encantada y radiante, y declaró que todo marcharía bien.

A decir verdad los de la reunión se veían ya en la boda.

La actitud de Teresa y de Lorenzo fué digna y prudente.

Los dos se demostraban sencillamente amistad tierna y previsor, y tenían la apariencia de estar realizando un acto de supremo sacrificio.

Nada revelaba en sus semblantes los terrores y los deseos que les atormentaban. La señora Raquín contemplábase sonriendo con benevolencia dulce y agradecida.

Había que llenar algunas formalidades. Lorenzo debió escribir á su padre pidiéndole su consentimiento.

El viejo aldeano de Jeufosse, que había olvidado que tenía un hijo en París, le respondió con cuatro líneas que podía casarse y hasta dejarse ahorcar, si así lo deseaba; y le dió á comprender que, resuelto á no darle un céntimo, le dejaba dueño de su cuerpo y le autorizaba á cometer toda clase de locuras.

Semejante autorización inquietó mucho á Lorenzo, mas la señora Raquín, después de haber leído la carta del desnaturalizado padre, tuvo un rasgo de bondad que la impulsó á hacer una estupidez.

Puso á nombre de su sobrina los cuarenta y tantos mil francos que poseía, despojándose completamente en favor de los desposados, confiándose á su buen corazón y queriendo recibir de ellos toda su felicidad.

Nada aportó Lorenzo á la sociedad conyugal, y aun dió á entender que no pensaba continuar siempre en su empleo, y que tal vez se dedicaría otra vez á la pintura.

Con todo, el porvenir de la pequeña familia

estaba asegurado; pues la renta de los cuarenta y tantos mil francos, unida á los productos del comercio de mercería, debía bastar para que tres personas viviesen desahogadamente.

Tenían justamente lo necesario para ser felices. Apresuráronse los preparativos de la boda y se abreviaron las formalidades cuanto fué posible. Hubiérase dicho que había prisa por introducir á Lorenzo en el cuarto de Teresa. Por fin llegó el deseado día.

XX

Por la mañana, Lorenzo y Teresa, cada cual en su habitación, despertaron con el mismo pensamiento de intensa alegría, y ambos se dijeron que había acabado su última noche de terror.

No volverían á acostarse solos, y se defenderían mutuamente del ahogado.

Teresa miró en torno suyo, y sonrió extrañamente pidiendo con la vista su cama grande...

Levantóse y se vistió poco á poco, esperando á Susana, que debía ayudarla á hacer su tocado de novia.

Lorenzo sentóse en la cama y permaneció algunos minutos despidiéndose de su buhardilla, que le pareció innoble.

Iba, por fin, á abandonar aquel sotabanco y á tener mujer propia.

Era Diciembre.

Se estremecía de frío y salto sobre el entadrillado, diciéndose que por la noche no le faltaría calor.

La señora Raquín, sabiendo cuán mal andaba de dinero, había deslizado en sus manos ocho días antes una bolsa que contenía quinientos francos, todos sus ahorros, y el joven los había aceptado sin ambages, y con ellos se mandó hacer ropa nueva.

El dinero de la dueña de la mercería le permitió además ofrecer á su futura los regalos de costumbre.

El pantalón negro, la levita, el chaleco blanco,

la camisa y la corbata, estaban extendidos sobre dos sillas.

Lorenzo se enjabonó y perfumó el cuerpo con un frasco de agua de Colonia.

Después se vistió con cuidado.

Quería estar guapo.

Cuando se puso el cuello postizo, que era alto y fuerte, le molestaba en la garganta, escapábasele el botón de entre los dedos y se impacientaba y le parecía que la tela almidonada le cortaba la carne...

Entonces quiso verlo; levantó la barba y observó que la mordedura de Camilo estaba muy encarnada.

El cuello postizo le había erosionado un poco la cicatriz.

Lorenzo apretó los labios y palideció; aquella señal que le jaspeaba la garganta le espantó y le irritó.

Arrugó colérico el cuello postizo, y escogió otro, para ponérselo con grandes precauciones.

Cuando bajó sus ropas nuevas le tenían encogido; no se atrevía á volver la cabeza aprisionada entre las telas almidonadas.

A cada movimiento, los pliegues del cuello postizo le pinchaban en la llaga que los dientes del ahogado habían marcado en su carne.

Sufriendo estos pinchazos, subió al carruaje y fué en busca de Teresa para conducirla á la alcaldía y al templo.

De paso recogió á un empleado del ferrocarril de Orleans y al viejo Michaud, que debían servirle de testigos.

Cuando llegaron á la tienda, todo estaba preparado; hallábanse allí Grivet y Olivier, testigos de Teresa, y Susana, que miraba á la novia como las niñas miran á las muñecas que acaban de vestir.

La señora Raquín, aunque apenas podía moverse, quiso acompañar á sus hijos á todas partes. Subieronla á un carruaje y en marcha.

Todo fué perfectamente en la alcaldía y en la iglesia.

La actitud tranquila de los desposados llamó la atención y mereció la aprobación general.

Pronunciaron el *sí* sacramental con tal emoción, que hasta enterneció á Guivet.

Mientras estaban sentados uno junto al otro, atravesaban su mente horribles pensamientos.

Cuando volvieron á subir al carruaje, parecióles que los dos eran entre sí más extraños que antes.

Habíase decidido que la comida se celebrase en familia, en un pequeño «restaurant» en las alturas de Belleville.

Los Michaud y Grivet eran los únicos convidados.

Mientras llegaban las seis de la tarde, la boda se paseó en carruaje á lo largo de los boulevares y volvió luego al «restaurant», donde se hallaba dispuesta una mesa con siete cubiertos, en un gabinete pintado de amarillo, que olía á polvo y á vino.

Durante la comida reinó una mediana alegría.

Los recién casados estaban graves y pensativos.

Experimentaban desde por la mañana sensaciones extrañas, de las que no acertaban á darse cuenta.

Estaban como aturdidos de la rapidez de las formalidades y de las ceremonias que acababa de unirles para siempre; luego, el largo paseo por los boulevares les había como adormecido, y parecíanles que había durado meses enteros.

Dejáronse llevar sin impaciencia por entre la monotonía de las calles, mirando con ojos soñolientos las tiendas y los transeuntes.

Cuando llegaron al «restaurant» estaban agobiados por una gran fatiga, y un estupor creciente les invadía.

En la mesa, el uno enfrente del otro, sonreían con cierta confracción nerviosa, y caían siempre en una pesada meditación.

Comían, respondían y movían sus miembros cual si fueran máquinas.

En medio del cansancio perezoso de su espíritu, embargábales sin cesar la misma serie de pensamientos fugaces.

Estaban casados y no tenían conciencia de su nuevo estado, y esto les asombraba profundamente.

Imaginábanse que todavía les separaba un abismo: y á cada momento se preguntaba cómo podrían salvar este abismo, de igual modo que antes del asesinato, cuando se interponía entre ellos un obstáculo material.

De pronto, bruscamente, se les ocurría que aquella noche se acostarían juntos, y entonces se miraban asombrados, sin comprender por qué les sería permitido.

No se daban cuenta de su unión; imaginaban, por el contrario, que acababan de separarles violentamente y de arrojarles lejos el uno del otro.

Los convidados que bromeaban en torno de ellos, deseaban oírles tutearse; pero ellos, que no se atrevían á tratarse como antes, balbucearon y se sonrojaron, sin poder resolverse á hacerlo.

Durante la larga espera, sus antiguos deseos se habían embotado, y todo su pasado había desaparecido.

Perdían su violento apetito de voluptuosidad y hasta olvidaban su alegría de la mañana, aquella profunda alegría que les había embargado al pensar que nada tendrían que temer en adelante.

Estaban allí aturdidos y cansados de lo que sucedía; los acontecimientos del día daban vueltas en su imaginación, incomprensibles y monstruosos.

Permanecían mudos, sonrientes, sin esperar nada.

En el fondo de su abatimiento se agitaba una ansiedad vagamente dolorosa.

Lorenzo sentía á cada movimiento del cuello un ardiente escozor que le mordía la carne.

Su cuello postizo cortaba y pinchaba la mordedura de Camilo.

Mientras el alcalde le leía el Código, y mientras el cura le hablaba de Dios, y durante todos los minutos de aquel largo día, sintió clavarse en su piel los dientes del ahogado que le penetraban en la piel.

Parecíale á veces que le corría por el pecho un hilo de sangre, y que manchaba de rojo la blancura de su chaleco.

La señora Raquín agradeció en su interior la seriedad de los novios.

Una alegría estrepitosa hubiera herido á la pobre madre.

Para ella, su hijo estaba allí, invisible, poniendo á Teresa en poder de Lorenzo.

Grivet, que no participaba de aquellas ideas, encontró la boda triste, y procuró inútilmente animarla, á pesar de las miradas de Michaud y de Olivier, que le clavaban en la silla cada vez que quería levantarse para decir alguna estupidez.

Una vez logró levantarse y brindar:

—¡Bebo por los hijos del señor y de la señora!— dijo en tono resuelto.

Hubo que brindar.

Teresa y Lorenzo se habían puesto extremadamente pálidos al oír la frase de Grivet.

Nunca habían pensado en que tal vez tendrían hijos.

Este pensamiento les produjo un calofrío glacial.

Chocaron sus vasos con un movimiento nervioso, y se miraron sorprendidos, de encontrarse allí, frente á frente.

La comida terminó temprano, y los convidados quisieron acompañar á los esposos hasta la cámara nupcial.

Eran poco más de las nueve y media cuando la boda entró en la tienda del pasaje.

La vendedora de alhajas falsas se encontraba todavía en su escaparate ante la caja guarnecida de terciopelo azul: levantó la cabeza y miró á los recién casados sonriendo.

Estos sorprendieron la mirada y se espantaron.

Tal vez aquella vieja había notado sus antiguas citas, tal vez vió á Lorenzo deslizarse por el estrecho corredor.

Teresa se retiró casi en seguida con la señora Raquín y Susana.

Los hombres permanecieron en el comedor mientras la desposada arreglaba su tocado de noche.

Lorenzo no sentía impaciencia alguna, y oía con complacencia las groseras bromas del viejo Mi-

chaud y de Grivet, que se aprovechaban de la ausencia de las señoras.

Cuando Susana y la madre Raquín salieron del cuarto nupcial, y la anciana tendera dijo conmovida al joven que su mujer le esperaba, Lorenzo se estremeció y quedó como espantado algunos instantes.

Luego estrechó febrilmente las manos que le tendían y entró en la habitación de Teresa, deteniéndose junto á la puerta como un borracho.

XXI

Lorenzo cerró la puerta cuidadosamente y permaneció un instante apoyado en ella, examinando la habitación con ademán inquieto.

En la chimenea brillaba un fuego vivo, lanzando largos fulgores amarillentos, que danzaban por el techo y en las paredes.

La habitación estaba alumbrada por luz viva y movediza, y la lámpara, colocada sobre una mesa, palidecía en medio de aquel resplandor.

La señora Raquín había querido arreglar coquetamente el gabinete, y lo había dejado muy blanco y perfumado, como destinado á servir de nido á jóvenes y frescos amores.

Habíase complacido en añadir á la cama algunas puntillas y en adornar con grandes ramos de rosas los jarrones de la chimenea.

Reinaba un calor apacible impregnado de tibios olores.

El ambiente estaba cargado de una especie de vaho adormecedor y voluptuoso.

En medio del silencio estremecedor, el chisporroteo del hogar producía tenues ruidos secos.

Hubiérase dicho que aquel cuarto era un desierto feliz, un rincón oculto, caliente y cerrado á todos los gritos de la calle; uno de esos rincones contruidos y adornados para la sensualidad y las exigencias del misterio de la pasión.

Teresa estaba sentada en una silla baja, á la de-